

S. M. / R. 3



NUESTRA

HOJA

Órgano del Patronato de
S. Juan Bautista de la Salle-ALAYOR



Año V

AGOSTO 1934

Núm. 59

DIOS NOS VE

Tengo yo un amigo que, fuera de que suele pegarle a su mujer cada paliza que tiembla el misterio, y de que suele hacer préstamos al mil por ciento, y de que suele no dejar honra sana con su lengua de hacha, por lo demás es un excelente sujeto, muy corriente y sobre todo muy ilustrado.

Sosteniendo días pasados con ese amigo una de esas conversaciones con que aseguran que se mata el tiempo, decíame:

—Yo no puedo creer lo que nos cuentan los curas de que Dios lo ve todo, lo oye todo y lo sabe todo, hasta el extremo de vigilar desde el fondo de la eternidad todas nuestras acciones para darles su premio o su castigo.

Contestación mía:

—Algo de eso me pasa a mí, no

con Dios sino con el relojero de la esquina.

—Hombre eso sí que es raro.

—Lo que V. oye; se me ha metido en la cabeza que el infeliz, creyendo tener buenos ojos, buen oído buenas manos y muy buena inteligencia para su oficio, ni ve, ni oye ni sabe una palabra de lo que se hace.

—¿Cómo puede ser eso? — me replicó sorprendido; — ¡pues si precisamente acaba de arreglarme este reloj! — añadió sacando del bolsillo un magnífico cronómetro — que, como V. ve, es una soberbia pieza, bonita y bien construida, y que no solo señala las horas, sino que, además, señala los días del mes, los meses del año los cuartos de luna y las cuatro estaciones, amén de

una preciosa sonata de música que repite cada vez que se toca cierto muelle.

—Si, señor,—contesté yo;—comprendo que el reloj es muy bonito, que está muy bien construido, que su mecanismo es ingeniosísimo, que es muy linda la música que toca, y todo lo que V. quiere: pero ni por esas me convence V. de que el autor de ese reloj no sea ciego, sordo y manco, y que, por añadidura, no entienda una palabra de relojería.

—Pero, hombre, no sea V. bárbaro — gritó ya cargado mi buen amigo: — ¿Cómo quiera V. que un ciego haya podido dibujar cosa tan linda, que un sordo haya podido inventar música tan agradable, y que un torpe sin inteligencia ni poder haya podido combinar tanta rueda, tanto muelle, tanto engranaje y tanta diablura? o V. está loco, o se burla de mí.

—Ni estoy loco, ni me burlo de V., querido mío — le repliqué con calma; — antes, por el contrario, discurre tan sabiamente como V. discurre hace poco.

—¿Cómo yo?.

—Si, señor. V. ha empezado por decirme hace un momento que no podía comprender de ningún modo que Dios viese, oyese y combinase todas las cosas por medio de su sa-

bia Providencia; y yo, siguiendo la doctrina de V., digo lo mismo de mi vecino el relojero.

—Está bien, — contestó mi amigo un poquillo turbado — pero tenga V. en cuenta que lleva su terquedad hasta un extremo muy ridículo; pues, cuando se tiene delante una obra maestra, como la que yo pongo ante su vista, a no haber perdido el juicio nadie se atreve a decir, como V., que esa obra la hizo un tonto, manco, sordo y ciego.

—Pues si eso es así — le contesté yo — si es necesario estar loco para sostener que sin inteligencia, sin vista y sin oído puede construirse un reloj que señala las horas, los días y las estaciones, ¿cree V., desdichado, que estará en su razón el que afirme que no ha sido preciso oído, vista, poder ni entendimiento para construir este gran reloj que se llama el mundo, que no señala las estaciones, sino que las produce, y que no señala los días, sino que los hace?. Si el que construyó el reloj de V. no puede menos de tener ojos, el que construyó el ojo ¿puede suponerse ciego?. Si el que organizó las ruedas de ese cronómetro no pudo hacerlo sin inteligencia, el que hizo la inteligencia ¿carecerá de ella?. Ahora bien, amigo, ¿quién será más loco, V. que dice que Dios ni ve, ni

oye, ni sabe lo que pasa en el mundo, o yo que digo que el relojero de la esquina no tiene ojos, ni manos, ni oídos, ni entiende de relojería?

Aquí mi interlocutor perdió los estribos, y no sabiendo por donde tirar hizo lo que en tales casos suelen hacer muchos que se dicen sabios; empinarse sobre su propia ignorancia, y amontonar palabras huecas que ni las entiende quien las oye ni quien las dice.

—V. no cuenta — replicó — con las fuerzas físicas, las leyes de la naturaleza...

—¿Qué fuerzas, ni qué leyes, ni qué caracoles? — le interrumpí: — todo eso son palabras y nada más. Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos ¿el que hizo el ojo pudo estar ciego?. Si el que construyó la máquina necesitó inteligencia ¿el que hizo la inteligencia pudo carecer de ella?.

¡Ah, filósofos pedantes! ¡Ah sabios majaderos! Eso quisierais vosotros, que Dios no os viese. Señal de que lo que haceis no es para visto. ¡Desdichados! Si aquí hay algún ciego, sois vosotros.

Después de estas palabras y pasados algunos instantes, volví la cabeza y miré a mi amigo que parecía abstraído.

—¿En que quedamos? — le interro-

gué volviendo a mi tono habitual.

Pero mi amigo no me contestó. Miraba al suelo, y repetía como si nadie lo oyese: *Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos. ¿el que hizo nuestros ojos como pudo estar ciego?*

Momentos después se separó de mí en silencio.

A. C.

¿Cumplió con el precepto?

Señorita, ahora mismo acaban de dar el tercer toque para Misa.

—¿Tan pronto...? ¡Jesús, hija! que sacristanes estos que no le dan tiempo a una para vestirse decentemente.

—Pues aligere, porque va a llegar cuando dé el cura la bendición.

—Ea, dame los guantes... el pañuelo... el abanico... el sombrero... el rosario de oro; de prisa, mujer; de prisa... ¡Jesús! ¡qué fastidio de criadas...!

—Ay, señorita Pilar! ¡quiera Dios que no sea tarde!

—¿Está listo el coche?

—Sí, señora.

—¿Me sientan bien los guantes?

—Perfectamente:

—¿Y el sombrero?

—Admirable.

—¿Y la falda?

—Divina.

—Ea, adiós.

—Adiós.

—Pepe, arrea... de prisa a Santiago... Dios mío que alcance la Misa...! ¡Qué curas éstos...! No sé por qué han de decir las Misas tan temprano... miren que decir la última a la una de la tarde...

Y la dama llega a la iglesia cuando la Misa va por el *Credo*...

—¡Gracias a Dios...! A poco no la alcanzo...

Entra atropellando a cuantos por delante se le ponen. A un pollo le da al pasar un codazo que casi le hace caer, y luego le paga con una acaramelada sonrisa. A un viejo muy pulcro le pisa un callo, y cuando la víctima va a quejarse le sale ella al encuentro con un interesante *usted dispense* a que el infeliz contesta diciendo que *no ha sido nada*. Al pasar por una estrechura tira por los suelos los sombreros y bastones de los caballeros. En fin el caballo de Atila.

Llega a la pila del agua bendita y la toma con la punta del dedo enguantado; luego hace una señal en el rostro que debiera ser cruz, pero que ni es cruz ni barrús, sino un garabato como los que hacen los chicos en la escuela cuando empiezan a escribir eles.

Antes de colocarse en ningún sitio, la campanilla ha sonado el *Sanctus*.

—¡Ay! Ahí está Lucrecia...; voy a sentarme a su lado... ¡Buenas tardes, Lucrecia!, ¿cómo estáis en casa?

—Bien, hija, ¿y en la tuya?

—Perfectamente... pero yo con un berrinche que no hay quien me lo quite.

—¡Mujer! ¿qué te pasa...?

—Nada, hija; mi mamá política, que es una montañesa de lo más tonto, de lo más necio, de lo más fatuo... Ayer era su santo; vinieron las de Estévez y le regalaron un par de guantes lujosísimos... — ¡Gracias! no los gasto, dijo... Al instante le guiñé, haciéndole ver lo que desairaba a las muchachas... y la muy necia de mi suegra, va y dice: ¡Ay! sí, sí: tomaré uno para no despreciar... ¡Mira, que tomar uno solo...!

—Je je... ji, ji...

En aquel momento ambas señoras caen de rodillas, sorprendidas en su charla por el argentino son de la campanilla que hace la señal de levantar a Dios.

La dama se da unos golpecitos en el pecho que, por la poca contrición que los acompaña, lo mismo hubiera podido dárselos en la nuca o en las espaldas.

Cuando después de levantar a Dios, todos siguen de rodillas, ella sola se levanta para sentarse, pero con tan mala suerte que hace tortilla un sombrero de bombita, que el vecino de detrás puso en la silla de la dama, creyendo que no se sentaría tan pronto.

Esta le pide mil perdones.

Aquél contesta que *no hay por qué... no ha sido nada...*; pero interiormente reniega de la dama a quien creía más aérea y vaporosa, y resulta más pesada que un costal de trigo.

Entre tanto, Pilar y Lucrecia se han puesto los pañuelos en la boca para reprimir la risa que les ocasiona el percance...

Durante el resto de la misa no hacen otra cosa que mirarse con el rabillo del ojo y reír sin que puedan remediarlo...

Finalmente, el sacerdote da la bendición al pueblo; y antes del último Evangelio y de las Ave Marías, Pilar se despide de Lucrecia, porque ha de hacer una visita urgentísima, y sale de la Casa de Dios, creyendo a pie juntillas que ha cumplido con el precepto de oír Misa entera, con atención y devotamente.

AZANEL.

(De «Religión y Patria»).

Imposición del Escapulario en un tranvía

El P. Marie Amand, de los Carmelitas Descalzos, hallándose predicando en Burdeos, subió a un tranvía de los muebles. Cuando ya se había sentado tranquilamente en un rincón, un negro de veintiocho años tomó asiento en el mismo tranvía. El color de su rostro atrajo prontamente sobre el recién llegado las miradas de todos los viajeros, muy numerosos en aquella hora.

Apenas sentado el negro, percibió al Carmelita en su rincón, e inmediatamente se descubrió, e inclinándose, saludó muy respetuosamente. El Padre correspondió amablemente al saludo e invitó al negro a cubrirse. El negro, sin hacer caso, pidió al Padre un escapulario, añadiendo en alta voz que era marinero, que iba a partir para el Senegal y que el escapulario del Carmelo le había salvado más de una vez del naufragio y de numerosos peligros en tierra.

El Carmelita sacó de su bolsillo un escapulario, lo bendijo y se lo dió al marinero diciendo:

—Os lo impondré esta tarde.

—Inmediatamente — contesto el negro.

Y acto seguido desabrochó su cuello, abrió la camina, besó con efu-

sión el escapulario y se lo puso al cuello; mientras el Padre rezaba una oración.

Todos los pasajeros contemplaron esta escena: algunos con curiosidad y la mayor parte con visible simpatía. Un señor, próximo al negro, le ayudó a colocarse el escapulario bajo las ropas y dijo en voz alta:

—¡Ah! sois más devoto que nosotros!...

Mientras una señora exclamaba:

—¡Esto es admirable!

Llegado el tranvía a «Cours de Médoc», el Padre se levantó para descender, y el negro, prontamente, le tomó la mano y la cubrió de besos y de lágrimas, manifestando la felicidad que experimentaba de llevar el escapulario de la Virgen.

Este hecho, tan sencillo como grande, ocurrió en Burdeos el 28 de Junio de 1910, a las cinco de la tarde...

¿Cuántos católicos se hubieran atrevido a hacer otro tanto, venciendo el respeto humano en honor de la Santísima Virgen?

(De «Religión y Patria»).

8—8 CRÓNICA 8—8

Comunión reglamentaria.

Domingo 26 de Agosto. Inten-

ción: En sufragio del alma de D.^a Margarita Mercadal Llorens (Q. E. P. D.) madre de nuestro querido Conciliario.

—
Atento saludo.

Del Rdo. Hno. Cosme Domingo, Asistente del Rdm. Hno. Superior general, elegido recientemente en el último Capítulo general, recibimos atento saludo.

Nos complacemos en comunicarlo a los socios al par que renovamos a este benemérito religioso nuestra adhesión inquebrantable al Instituto de los Hnos. de las EE. CC. y nuestra rendida gratitud por la atención que ha tenido con nosotros y nuestra amada sociedad.

—
Reuniones dominicales.

Probablemente no se reanudarán hasta mediados del próximo Septiembre. Oportunamente se avisará concretando la fecha.

Todo es providencial; y Dios te hace seguir y andar siempre por el mejor camino, dándote cada cosa a sus tiempos respectivos. Que todo te conduzca a lo alto, y que los que están a tu lado vayan contigo hacia lo alto también.

La Providencia nunca falta a quien en ella confía.

Sastrería Alayoreense

Se confeccionan toda clase de trajes y abrigos a precios económicos.

ALBERTO PONS PONS

P. Diego Saura, 3

Aceites finos de Oliva
recibidos del cosechero

M. TIMONER CARDONA

Calle de la Iglesia, 22

ALAYOR

IMPRESOS

DE TODAS CLASES

ARTES GRÁFICAS ROTGER

Paborde Dr. Martí, 9

ALAYOR

Metalúrgica Reurer

Fabricación de bisagras de todas clases, en hierro, blanqueadas, latón y alpaca.

Calle Mahón, 43. - ALAYOR

la flecha

Revista de la Juventud Católica

Sigue en auge esta publicación que vivamente recomendamos a nuestros lectores.

Precios de suscripción: Un año 6'00 ptas. -- Número suelto 0'50 ptas.

Admitense suscripciones en la secretaría del Patronato.

Cristóbal Quintana Timoner

Construcción de Panteones. - Lápidas mortuorias de marmol. - Artísticos pedestales

Filtros de piedra arenisca compacta (para destilar agua).

Planos y presupuestos:

San Antonio, 59. - ALAYOR